

ALFONSINA  
STORNI

CINCO CARTAS  
Y  
UNA GOLONDRINA

cuadernos del  
INSTITUTO AMIGOS DEL  
LIBRO ARGENTINO



HUELLAS FEMINISTAS

[www.huellasfeministas.com.ar](http://www.huellasfeministas.com.ar)

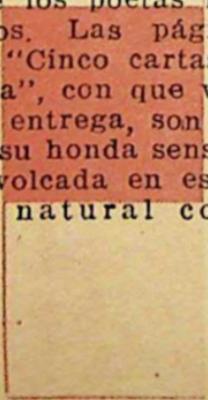


Alfonsina Storni no podría fallar en ninguna colección que intentara configurar una antología de escritores argentinos contemporáneos, que es lo que nos proponemos con los breves tomos de Cuadernos del Instituto.

Al hijo de la poetisa, don Alejandro Storni, que guarda devota y amantísima admiración por su madre, debemos el haber reunido las páginas casi inéditas de "Cinco cartas y una golondrina" y el poema inédito "A una rosa", escrito cuando Alfonsina era muy joven, en una página en blanco de un libro de Mitre.

Alejandro Storni ha posibilitado esta edición renunciando a los derechos de autor y corrigiendo personalmente las pruebas de galeras y páginas, cosas ambas que le agradecemos aquí expresamente.

Sobre la autora, creemos que toda referencia circunscripta a los estrechos márgenes de una solapa, es obvia: está en la memoria y en el corazón de todos su canto límpido y natural, que la coloca en primera fila entre los poetas hispano-americanos. Las páginas en prosa de "Cinco cartas y una golondrina", con que valorizamos esta entrega, son un traspunto de su honda sensibilidad humana volcada en estilo tan límpido y natural como su verso.



CINCO CARTAS  
Y  
UNA GOLONDRINA



HUELLAS FEMINISTAS

[www.huellasfeministas.com.ar](http://www.huellasfeministas.com.ar)

COLECCION  
CUADERNOS DEL INSTITUTO  
*Director:* ARISTÓBULO ECHEGARAY

VOLUMEN III

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la ley.  
Copyright by INST. AMIGOS DEL LIBRO ARG.

Distribuidores exclusivos:

COOPERATIVA IMPRESORA Y DISTRIBUIDORA  
ARGENTINA LTDA.

C. de Correo 16 - Suc. 2 - Buenos Aires.

ALFONSINA STORNI

CINCO CARTAS  
Y  
UNA GOLONDRINA

INSTITUTO  
AMIGOS DEL LIBRO ARGENTINO  
BUENOS AIRES



HUELLAS FEMINISTAS

[www.huellasfeministas.com.ar](http://www.huellasfeministas.com.ar)

## A UNA ROSA

Grata flor que te destacas  
Sobre el verde de las hojas,  
Cual la sangre de una herida,  
Roja... Roja...

Tu parodias esos labios  
Purpurinos, que entreabiertos  
Se dirían de caricias  
Dos sedientos.

Han copiado de tus hojas  
El color de su bandera  
Los campeones avanzados  
De la idea.

Y por eso yo te adoro,  
Bella flor, que de las hojas  
Sobre el verde, te destacas  
Roja... Roja...

Alfonsina Storni.

Septiembre 20-1911 — 6 p. m. comedor

---

Versión del poema inédito, autográfico, de  
Alfonsina Storni, que aparece en la página de  
enfrente.

grata flor <sup>si una rosa</sup> que te destacas  
sobre el verde de las hojas,  
cual la sangre de una herida  
roja... Roja...

---

En parodias esos labios  
purpurinos, que entreabiertos  
se dirían de caricias  
Dos redientos

---

Han copiado de tus hojas  
el color de su bandera  
los campeones avanzados  
de la idea.

---

y por eso yo te adoro  
Bella flor, que de las hojas  
sobre el verde, te destacas  
roja... Roja...

Alfonsina Storni

septiembre 20-1906 p.m. conchales



HUELLAS FEMINISTAS

[www.huellasfeministas.com.ar](http://www.huellasfeministas.com.ar)

# C A R T A S

Mi dulce Alberto:

Después de nuestra conversación de anoche, el corazón se me ha quebraqueado a modo de las flores secas.

¡Qué bueno sois! ¡Cuán grande es vuestra alma; cuán bello es vuestro optimismo y cuán sereno vuestro pensamiento!

Os beso las manos como suelo besar las de Hildo, el hermano que más quiero y que siente por vos un afecto casi tan profundo como el mío.

Os beso las manos, digo, porque me habéis dado agua fresca creyendo en mí como nadie cree, al punto de ofrecerme que

comparta vuestro porvenir al lado de vuestra madre a quien tanto reverencio.

Pero he aquí Alberto que confirmo mi negativa y la confirmo para siempre, para no hablar ya nunca de ello.

Mis profundas razones tengo, pues esta resolución ha sido tomada en defensa de vuestra felicidad.

Os habéis engañado Alberto.

Vuestra juventud y vuestra inexperiencia os han engañado.

Estos dos años que os llevo pesan fuerte en mi vida amarga y dura y me hacen comprender lo que vos no comprendéis: que no debéis en absoluto consolar mi vida, rehacerla y encaminarla.

Si fuera un poco más egoísta, si pensara en las pequeñas grandes dificultades de la vida económica; si temiera la soledad espantosa que mañana ha de venir, procedería como tantas.

Pero sois tan noble vos, poseéis tanto optimismo, amáis tanto la vida pura del hogar, que no cometería jamás la crueldad de encadenaros a mis insomnios.

¿Os acordáis de la ocasión en que vuestra madre me invitó a pasar un día con ella?

¡Cuánto sufrí entonces!

Visitaba yo la alcoba en que murió vuestro padre; aquellos muebles severos, aque-

llos antiguos retratos desteñidos... el reloj silencioso y redondo, parado a las doce y media, la cama amplia y eterna con sus pesados adornos de madera y sobre todo el crucifijo de marfil suspendido a su cabecera, el crucifijo que hace siglos posee vuestra familia, me hicieron recordar, por contraste, mi casa deshecha y desbandada, donde no hay un solo recuerdo de mis abuelos, y de donde los hijos nos lanzamos un día a la calle buscando el calor y la felicidad que allí nos faltaba, para encontrarnos con ambientes extraños, rostros fríos, la casa de pensión horrible o la de los malos amigos .

¡Ah! Alberto, aquel día la vergüenza me sofocó. Yo hubiera querido poder ofrecer a vuestra madre algo tan bello, por su claridad absoluta, como la casa en que ella me hospedaba.

Yo hubiera querido hallar dentro de mi espíritu una reserva espiritual capaz de limpiarme de un golpe de todos los malos detritus que mi vida desordenada y extraña ha ido decantando sobre mi corazón.

Pero son muchos, Alberto, y comprendí en aquel momento que mi suerte estaba ya jugada.

¿A qué, pues, luchar?

Modalidades he adquirido, gustos, cos-

tumbres, que los odio por razonamiento y los deseo por hábito.

No, el hógar y su mayor tentación: las bellas criaturas, las dulces criaturas, las inefables criaturas, no son para mí.

Os hace falta como compañera un espíritu que, como el vuestro, no conozca más que las pequeñas rozaduras que la vida da a todos.

Os hace falta una mujer que con manos infantiles os acerque a los labios el zumo de las uvas cortadas en planta primaveral, bajo los bellos cielos de la ilusión.

Os hace falta un gran calor de fe, un amplio calor de entusiasmo.

Estoy segura de que si esa fe os faltara, vuestro corazón secaría como los helechos bajo la nieve.

¡Ah! si me fuera dado, haría con mis propios dedos la mujer que necesitáis.

Veríais cuán llena la boca, cuán finas las manos, cuán tristes y dulces los ojos, cuán amplias las altas caderas...

Después soplaría en su carne atributos divinos y la estremecería con la sugestión de Dios, sugestión que no advierto, que quizá no puedo advertir en mí, por exceso de amargo dolor.

Sí, Alberto; porque a pesar de mis deseos me asalta el temor que no encontréis la mujer que os comprenda como yo os com-

prendo; que cuide vuestra sensibilidad como yo la cuidaría; que aquilate y goce vuestra dulzura con el dolor blando con que yo, aún ahora lo hago, pues nadie puede impedirme que al pensar en vos se me llenen los ojos de lágrimas y me tiemblen las manos.

¿Qué sería de mí si después de negarme a acompañaros en la vida os poseyera el espíritu quien no tuviese en sí el difícil don de comprenderos totalmente?

Ved, Alberto, cómo el pesimismo me asalta a cada instante, ved cómo he vaciado poco a poco la fuente del agua de oro, y no me es posible entonces crear formas humanas, ni esperar la justicia, ni guardar en los siete años pródigos los granos previosores.

Os liberto, pues, de mí.

Olvidaréis.

Nada más bello que ver las primeras flores del durazno sobre el árbol desnudo de hojas.

Yo no sé aún lo que será de mi corazón después que os haya enviado ésta, como no sabe quien queda en la casa mortuoria lo que será de él cuando las gentes que lo rodean lo dejen solo, con sus pensamientos y sus nostalgias.

Pero sabed, eso sí, que si cualquier día quisierais de mi vida... lo que quisierais,

lo tendríais sin que me atreviera a pregun-  
taros ni siquiera si aún me amáis.

Y perdonad a vuestra triste

AMELIA.



Estimado Julio:

¡Qué sorpresa su carta!

¡Por poco muero!

¿Usted enamorado?... ¡Y de mí!

He leído su carta diez veces, veinte veces, la he tocado con todos mis dedos, para sentirla mejor, he aspirado su perfume de hojas secas y hasta la he herido levemente con las preciosas tijeritas de plata que me regaló el año pasado... y aún dudo.

Julio, está usted mal.

¿Cómo ha sido este milagro?

¿Cómo ha podido la peligrosa golondrina olvidar que lo era y olvidar, sobre todo,

que los jardines vecinos saben cuántas veces le vieron hacer nido?

¿Cómo ha podido decir: "ahora entiendo el dolor"?

¿Dolor?

¿Qué es esa palabra en su boca, Julio?

Supóngase que en dorada jaula tuviera usted un canario jovial.

Supóngase que durante largo tiempo lo despertó del sueño con su precioso bullucio, invitándolo a saltar del lecho y correr con los pies descalzos, sobre la arena húmeda, por entre flores recién regadas, brillantes de sol, y un buen día las notas de su garganta suenan plañideras y arrebuja-do en ellas siente usted deseos vagos de morir, para utilizarse y alcanzar las formas superiores que logran contacto con el infinito.

¿Qué pensaría usted de su canario al reponerse de la emoción?

¿No iría usted a verlo, a observar si está enfermo, no lo miraría usted curiosamente, como he hecho con su carta?

Francamente, estoy desconcertada.

Empiezo por no creerle, no puedo creerle.

Todavía no he olvidado la rapidez de sus cambios, ni su terrible galantería masculina, más peligrosa que nuestra coquetería, porque aquella es consciente, elige bien el

sitio para herir y no se desparrama a los cuatro vientos como esta última, esperando que la casualidad fije sus efectos.

Desconfío por sistema de los hombres excesivamente desenvueltos y de fácil palabra.

Si hay algo profundamente agradable es el temblor minúsculo en los fuertes labios, la esencia, el espíritu, la sutilidad interior, dominando toda fortaleza física.

Un razonador puro llegaría a la conclusión de que si esto emociona es porque la vanidad femenina se siente halagada por un supuesto dominio.

No crea usted en los razonadores.

La función cerebral será siempre imperfecta y el sentimiento lo único que perdure a través de todo esto que concluye.

Ese temblor conmueve por su gracia exterior y su hondo significado moral.

¡Si usted supiera con cuánto placer hubiera visto en su letra siquiera un rasgo indeciso!

Pero aquella aparece tan firme como segura y clara es la risa que de usted recuerdo ¿por qué no?... recuerdo.

Cosas de muchacha romántica, dirá usted, pescadora de luna en los bellos tiempos del oro.

¿Qué quiere usted, Julio?

No se puede luchar contra las propias debilidades y eso temo que nos ocurra.

Sin embargo, lo invito a que me pruebe que sabe sentir el dolor.

¿Lo hará usted?

Hasta entonces lo aguarda

MERCEDES.



Amigo mío:

Recibo momentos hace vuestra carta, tan vuestra que a las primeras líneas os he sentido hablar como sabíais hacerlo hace un mes a orillas de este mar que arrulla cuando la blanca y lánguida viajera celeste os ponía en las manos una encantadora lividez.

No os asombréis de la frase que —os adelanto— no es una introducción a la respuesta que esperabais.

Las mujeres nos vamos acostumbrando a decir galanterías con la misma habilidad que los hombres, y esto dentro del rancio

protocolo amativo tiene tanto de feo como de revolucionario.

No importa.

Lo feo es sólo aquello que, por falta de hábito choca a los sentidos, vale decir, pues, que en cuanto os acostumbréis a oírme galanterías os parecerán música deliciosa, siempre más deliciosa, por cierto, que la que me producirían las vuestras, en las que nunca creí del todo, mientras que vos...

Un poco más y os trato de inocente.

No os enfadéis, y sobre todo, no me encontréis rara. Os explicaré: hace tres días me siento absolutamente libre de vuestro recuerdo y puedo jugar con mis palabras como el viento jugaba con vuestros cabellos en estas riberas.

¿Os acordáis de vuestras hábiles manio-  
bras?

¡Qué artista, mi genial amigo!

Un poco más y os invito a morir de heroica manera entre las amargas y frías olas de este enorme mar.

Momentos hubo en que estuvisteis a punto de hacerme perder el equilibrio —la arena es resbaladiza— pero me salvó una modestísima luz que en los momentos de peligro se enciende en mi corazón.

¿Acaso intuición velada que no definimos hasta que el corazón se serena y puede ver el peligro?



¿Acaso super-ojos del ser psíquico que defienden silenciosamente el alma como los glóbulos rojos defienden el cuerpo?

No sé. No quiero saber.

Os confieso ahora que nunca supisteis adivinar hasta qué punto me poseíais la voluntad.

Con mi charla liviana y mis risas movibles conseguí cercar mi interior como las madreselvas en primavera cercan, caprichosas, las pesadas casas.

Y así fué que un día tomasteis el tren para regresar a aquella capital sin saber nada de mis sentimientos y así fué como llegaron vuestras misivas más hábiles aún que vuestras palabras.

En medio a mi desconcierto, adormecida por vuestra sugestión y desconfiada de vuestra sinceridad, me sorprende un descubrimiento: he aquí que hacen tres días me han presentado, por extraña casualidad... —¿a quién?— diréis. Pues... a María Teresa, vuestra prometida, la adorable mujercita con quien vais a casaros dentro de pocos meses y que se halla de paso aquí.

La conocí con un vaporoso vestido blanco propicio a su angelical figura.

Así ataviada, bajo su amplio sombrero de paja, rememoré la imagen de una "Primavera", inverosímil de fina.

¡Qué extraordinaria y dulce criatura!

¿Cómo habéis podido ser tan torpe olvidándola siquiera por momentos para dedicarme parte de vuestro tiempo?

¿Cómo habéis podido, si tenéis su retrato en vuestro poder, libertaros de la influencia extraña que sus ojos inocentes ejercen?

¿Cómo habéis podido soportar mis conversaciones sobre arte, libros nuevos, problemas científicos, cuando vuestra prometida aún sabe hablar dulcemente de su jardín y sus palomas con la misma voz limpia de las mujeres bíblicas?

No creo que os falte capacidad para penetrar la fina trama de que está hecho el espíritu de vuestra prometida.

— Me habéis revelado un hondo entendimiento de las cosas femeninas y sería paradójal creer que no entenderais solamente el caso especial de vuestra futura esposa.

Decidme, explicadme, ¿cómo habéis podido acercaros a mí, fingir amor, hablarme con acentos que me hicieron vacilar?

¿Sois un vulgar cazador?

No os hubierais acercado a mí.

¿Sois un estudioso y artista coleccionador?

No me parecíais tan descorazonado.

¿Sois un casual?

No me parecíais tan amorfo.

¿No amáis a vuestra prometida?

Imposible suponerlo.

¿La amáis y no os estorba el corazón?

Esto creo.

¡Oh! cómo habéis, entonces, nacido para ser feliz y cuánto me alegro de no haberos amado totalmente.

No creáis, por Dios, que hable inspirada en vulgar despecho, común en estos casos.

En mis relaciones espirituales con los seres del sexo opuesto me he creado una segunda naturaleza y he perdido los arranques del instinto.

Estas clases de luces que el transcurso de la vida va dando, los único que pueden quitar en mí es un poco de ilusión —si aún queda— pero dan en cambio preciosa sabiduría de las humanas cosas, que, hoy por hoy, me interesan tanto o más de lo que me interesasteis.

Esto ya no es galantería.

Esto es una fraqueza indigna de vos, pero digna de mí.

Y es que me habeis desencantado absolutamente, amigo mío.

Y es que los ojos azules de María Teresa, me bailan en las pupilas sin que logre apartarlos de mí, como si fueran los ojos de un inocente, a quien estuve a punto de lastimar.

¡Pobre María Teresa!

Cuando me hablaba de vos su cara se  
nimbaba de luz purísima, como si por den-  
tro se encendiera en ella luz sagrada.

Sed bueno con ella; amadla como os  
ama. No perdáis vuestro tiempo en buscar  
el oro que tenéis tan cerca y, sobre todo,  
no me escribáis más, nunca más.

Yo enterraré este breve pasaje de mi  
vida como los niños entierran sus muñe-  
cos: sin dolor.

No os ofendáis.

Todo puede esperarse de una mujer más  
o menos cerebral —he allí la terrible pala-  
bra— que todo puede y debe saber, enten-  
derlo y disculparlo.

Deseándoos serenidad os saluda cordial-  
mente

LUCIA.

.....

En verdad que este día, monótono y lluvioso, puesto en medio de la primavera como una nube negra en la esplendidez de un cielo azul, me ha entristecido mucho, tanto como los días desteñidos del invierno.

Y he aquí que aprovechando la inanición de mi voluntad, un pedazo de papel en blanco me solicita desde el escritorio, donde ¡oh bondad! encuentro entre cosas toscas y desagradables algunas flores viejas que me acercan a su recuerdo y me dicen confidencialmente: escribale.

¿Flores viejas?

Sí, rosas viejas como el día, y digo como

el día, pues si bien éste no ha de tener un sólo minuto más que los otros, tiene la particularidad de parecerse a una gran cabellera casi cana.

¿Y por qué rosas viejas?

He dicho mal. Debó agregar: estas rosas viejas.

Lo demás usted lo sabe.

Yo también.

Y todo lo que usted sabe lo sé yo. Por lo menos cuando usted habla digo para mí: esto lo sabía ya.

Advierto que este momento ha de traicionarme.

Pero he aquí esta curiosidad: escribiré, divagando quizá, cosas muy íntimas para tener la seguridad de que hoy no le enviaré estas líneas.

Y es que si quisiera escribirle una carta, y enviársela, me sería necesario hacer arte, una cosa muy bella, es cierto, pero poco sincera.

Y no puedo viajar hábilmente por mi interior buscando frases dadas, limitando conceptos, especulando, por decirlo así, con su sensibilidad.

Pero tampoco quiero abandonarle el corazón, entregárselo desamparado y entero para que sus finas uñas lo desangren... bien que sería muy dulce morir del corazón, si mi corazón fuera un manojito de fibrillas

de oro, del que usted arrancara una cada día para hacerse una sortija.

Una sortija digo y recuerdo sus manos, que amo mucho.

No sé si son bellas... creo que son feas, y hay un dolor muy triste en querer lo que no es bello, ¿verdad?

¡Sus manos!

Pues hace algunos días ¿cuántos? hablaba usted más que de costumbre, y mentía mucho, pero tan dulcemente que di en creerle y me dejé mecer en su red, blanca de luna y atada con jazmines...

Y se movían sus manos como dos palomas sin alas... y hubo un momento en que tuve (¡oh, loca necesidad de escribirlo!) el desesperado deseo de caber entera en ellas!... Temí que me lo conociera en los ojos, en las palabras, por eso no me atreví a mirarlo, por eso no hablé.

¡Oh tristeza de este deseo imposible e inconfesado que se me ha quedado en el alma como un pedazo de cielo azul!

¡Oh tristeza de este deseo que me hace besar las alas de los pájaros!

¡Oh tristeza de este deseo que me dobla la voluntad como un junco y me hace llorar quietamente!

¡Oh poder de este deseo que hace morir las corolas entre mis dedos, como no me será dado morir!

¿Por qué así?

Esta tarde lluviosa tiene la culpa de que escriba esto que hasta ahora fué tan mío y que usted, ciertamente, no leerá hoy.

Si no rompo inmediatamente estas líneas quizás se las envíe cuando usted haya dejado de amarme (pronto, amiga mía; comentaría usted si leyera estas líneas) o quizás se las envíe cuando hayan pasado muchos años, cuando usted, demasiado sabio, no pueda ya amar a nadie.

¿Recuerda? le dirán mis palabras... Y usted hará un esfuerzo: "aquella", dirá ¡Oh si no dijera más que las últimas tres letras!

Pero, bien decía que esta tarde tiene la culpa de lo que escribo, esta tarde mala y fría que penetra en forma de lluvia por mi ventana para salpicarme la cara con partículas heladas.

¿Será por esto que mi pobre corazón acurrucado en el pecho apenas se atreve a latir?

Párate del todo, pequeño malvado, le digo nerviosamente.

Pero indiferente a mis palabras e ignorante de mi vida psíquica persiste en su martilleo como un ser ajeno a mí.

¿Es su corazón tan inhábil como el mío?

¿Nada más que una máquina por donde la sangre pasa segundo por segundo?

¿Cómo late su corazón? ¿Cuánto late su

corazón? ¿Quiénes laten en su corazón?

Cierro los ojos para saber más de usted.

Y he aquí una gotera que da en mi escritorio...

Chas!... chas!... chas!...

Sigo escuchándola...

Chas!... chas!... chas!...

Y no sé por qué se me ocurre que tiene el ritmo de su corazón.

.....

ALICIA.

¿Y bien?

—Que Hugo Nerval parte mañana para Europa todo el mundo lo sabe, que deja a su novia, Lidia, la joven de los ojos imperdonables, todo el mundo lo sabe también; que no se casará con ella algunas lo sospechan ya y todas lo desean; que se susurra mucho sobre estas relaciones nadie lo ignora, pues que nadie se ignora...

—¿Pero volverá?

—Los pájaros van y vienen; una primavera los lleva; otra primavera los trae.

.....

—Hugo ha vuelto ayer con las primeras golondrinas.

—¡Oh perspicacia suya! Bien lo dijo usted hace cuatro años.

—¿Y Lidia?

—Dicen que la vencerá el Otoño...

**De Lidia Z. Barte a Hugo Nerval.**

Inteligente amigo:

Gracias por tus deseos para mi pronto restablecimiento; bien veo que tus líneas se inspiran en la compasión. Un poco de miedo ha de tener tu conciencia cuando así me escribes. Comprendo que sospechas mis manos exangües, comprendo que adivinas en mis mejillas el frío de estos largos años transcurridos; sé que tu interior, ligeramente cobarde, —discúlpame— ha de cobijar, siquiera someramente, esta sombra: yo; y a tu conciencia de hombre honesto no conviene una sospecha de criminal. Tu carta quisiera curarme ¿verdad?

Las noches de luna, propicias a las dulzuras del ensueño, suelen ser propicias también a las cosas fantásticas y a una boca que tiembla en la hora encantada no deben molestarla los ruidos misteriosos del ramaje...

¿Qué me verás para darme explicaciones? Inteligente amigo mío: todas me las he dado ya.

En estas largas horas de tu abandono me lo he dicho todo; no me digas, pues, nada.

Todo lo que yo me he dicho es mentira, lo que tú me dijeras mentira sería también; pero habría esta diferencia: mis mentiras, las que yo me he forjado, se amoldaron a mi deseo: fueron sueño. Las tuyas, amoldadas a tu arrepentimiento, serían torpes y frías: equivaldrían al desengaño.

Y... ¡oh sorpresas del corazón femenino!... Yo no estoy todavía desengañada.

¿Qué extraño, no es cierto? Te lo harían suponer las amarguras con que esta carta se inicia, y sin embargo, yo me he esforzado, me esfuerzo en no desencantarme totalmente: quiero conservar una chispa de luz encendida, falsa o verdadera; obstruyo a tiempo el razonamiento para no llegar a la verdad desnuda. Tengo un miedo horrible a las cosas positivas; me laceran como hierros candentes; se meten por cada uno de mis poros y me roen el espíritu.

Recurro a la imaginación para entorpecer la verdad; así, sobre el oscuro conglomerado de tus miserias (o de las mías) he querido soltar un enjambre de mariposas doradas.

Cuando te fuiste para no cumplir el compromiso contraído conmigo, intuí la verdad: era humana, era lógica.

El razonamiento escueto halló muchas explicaciones, bosquejó muchas disculpas.

Pero yo te había forjado de otro modo

menos humano, más imposible. Producto esencial de mi sueño yo experimenté en ti la diferencia que existen entre la cuerda y la nota.

Yo quise ver en ti puramente el sonido; tú te encargaste de hacerme ver que eras sólo la cuerda que sabía producirlo.

Y este razonamiento primero, fué seguido de tal cobardía mental, que no supe, no quise, continuar el análisis.

Posiblemente he sufrido mucho para hacerlo e instintivamente mi cerebro ha buscado una forma de ahorrar desgaste facilitándome la imaginación para mentiroso desquite.

No he podido creer en un procedimiento innoble; sólo he llegado a sospecharlo.

He buscado y rebuscado motivos para justificarte; uniendo al drama de mi desolación puerilidades casi infantiles; he llegado a creer en algunos momentos tontos que eras aquel príncipe que partió en busca de dichas para la amada, y sorprendido por un sueño de origen maléfico se durmió en el castillo encantado y espera aún quien lo liberte.

Te advierto, sin embargo, que no te amo ya. Dejé de amarte en el mismo momento que te sospeché.

Durante tu ausencia no te he llorado; me he llorado (tan egoísta como tú soy).

Fué tan intensa esa pasión mía, puse en ella tanta fe que se ha secado lo mismo que si un árbol en pleno vigor hubiera empleado toda su savia en gemas, las cuales, sorprendidas por una helada a destiempo, mataron, al morir, la planta.

Esto tan íntimo, tan mío, tan orgulloso, que puse en mi cariño ha impedido mi desengaño total.

De ti, puramente de ti, yo hubiera podido desencantarme; de lo que yo creía en tí no puedo. Ello sería llegar al dolor innarrable, a la verdad desnuda, al propio desprecio, a la pérdida de la más egoísta, y por consiguiente de la más humana de las esperanzas.

Lógicamente, pues, me aferro a mis sueños: sí. Tú has sido el príncipe dormido... tú hubieras vuelto a mí si "algo" no lo hubiera impedido en contra de tus deseos.

No me expliques, pues, nada; no me hables; no me escribas; tus palabras podrían destruir el encantamiento, y yo podría confirmar las sospechas...

No me hables, te lo ruego; tengo derecho de pedirte esto, yo, que tengo tan pálidas las manos, tan negras las ojeras, tan blancos los labios...

Me siento sutilizada por momentos; me invade las venas una vida desconocida, nueva.

Advierten mis oídos músicas extrañas.  
Observo que las golondrinas tienen ahora las alas azules.

No he visto en estos días flores rojas; todas son pálidas, pálidas...

El sol mismo parece solamente una luna de luz más intensa.

Todo es leve, quieto, sutil como mi perdón.

Todo es humilde, cobarde, como mi ruego.

Yo también he sido mala ya que he vivido: las energías que he empleado para vivir han sido robadas a seres y cosas: maldad al fin es.

A mi espíritu no he podido perfeccionarlo; ha vivido como el de todos: defendiéndose.

He aquí el final...

LIDIA.

# UNA GOLONDRINA

Amigas: esta es la historia de una mujer.

Pequeña historia de un corazón blando en lucha con una pasión avasalladora.

¿Conocéis, por ventura, esas flores mansas que crecen apacibles en los prados? Si el viento las desgaja, si el granizo las hiere, si el agua las sacude, mueren en el silencio de la tarde, bajo cielos torvos, a menudo injustos.

¿No os mueve a piedad, amigas, su triste destino?

¿Nunca habéis llorado después de una tormenta al ver acurrucadas en un rincón del patio las mustias corolas?

Ay, que nunca más verán el sol; ni perfumarán, vivaces, el travieso viento; ni reirán, felices con sus labios multicolores; ni vendrán, en la primavera, alocadas mariposas a libar en sus cálices las gotas de oro...

\* \* \*



Escuchad, pues... Cuando Lucila alcanzó los 18 años, apenas representaba 15, tan grácil era su figura, tan tersa su mirada, tan núbiles los senos.

Si la hubierais visto corretear debajo de los árboles a la luz fantástica de la luna os hubiera parecido una exhalación benigna de la tierra: suerte de alma corpórea nacida de improviso al conjuro divino de las estrellas.

Pero no creáis, amigas, que Lucila hacía de ninfa por entre los árboles cuando todo es silencio.

Lucila, si bien romántica y sentimental, no supo nunca de estas correrías.

Sus padres, personas sensatas y circunspectas, sólo alcanzaron conocimiento de una especie de pan, el que comían, y nunca sus felices y reposados sueños fueron interrumpidos por los inquietantes sonidos de la flauta del malicioso dios griego.

Bajo esta dirección reposada y prudente, Lucila se abrió a la vida sin dolores ni inquietudes.

Verdad es que ni un pequeño contratiempo había turbado su existencia: hija única de aquel acomodado matrimonio, su venturosa niñez pasada en la Metrópoli había sido como un baño fresco en límpido arroyuelo orillado de hierbas.

Más tarde, la delicada salud de la madre

les había obligado a ocupar una quinta que poseían en los alrededores de San Isidro.

Y los años habían pasado: tres o cuatro institutrices de ciencias poco pesadas, sus perros, sus bordados, el piano... y 18 años gloriosos en las venas con la vida psíquica dormida, inerte, sin ayer y sin mañana.

En medio de esta calma apuntaban pequeños torbellinos; y eran: su pasión por los días de plena luz, por las flores vivísimas, sus velados achaques de tristeza y su afán de divagar en el piano cuando, despacio, el sol ha dejado la tierra, y se azulan los pastos, y están, las palomas, acurrucadas en sus casullas.

Pero, amigas, el dolor tiene las propiedades del viento: está en las montañas y en el llano, en el bosque y en las estepas, en los mares y en el desierto.

Fino y astuto voltea puertas, desencaja ventanas, viola cerrojos, penetra por las claraboyas, las rendijas, los agujeros de las llaves; atraviesa las cortinas pesadas, los tules livianos, los biombos espesos y se expande en todas direcciones.

A veces toma formas ligeras: es el céfiro perfumado, la brisa matinal, el airecillo blando... Pero de pronto monta en cólera, da vueltas sobre sí mismo, busca espacio, camino, distancia, mueve sus moléculas, cobra aliento, solloza, silba, brama, ruge y

corre enloquecido sobre la tierra indefensa.

Así, al lado del cadáver de su madre, Lucila experimentó la primera sacudida formidable. Frente a sus ojos vidriosos, aterradores de fijos y a sus manos inmóviles para toda la eternidad, las preguntas terribles se agolparon a su mente.

Momentos hubo en que se palpó los brazos preguntándose si eso podía morir, y otros en que, motivos musicales que le eran familiares, cobraron en su cerebro un significado profundo, como, si de un golpe, en los distintos campos de su psiquis, se hubieran adelgazado los impalpables velos que nos separan de la verdad.

Lucila no era religiosa: su madre, criolla, de origen extranjero, le había dicho siempre estas sencillas palabras: yo creo que allá arriba debe haber algo superior al hombre y que no se debe hacer daño a nadie.

Su padre, dinamarqués, llegado al país siendo muy niño, se había dedicado, ya hombre, a negocios de exportación y en verdad que más le preocupaba la calidad de una bolsa de trigo, que saber cómo estaba embalsado el venturoso cielo de San Pedro.

Así, pues, cuando las preguntas llegaron, no tuvo Lucila una respuesta preparada por

la fe, ni una intentona a base de ciencia más o menos barata.

Lloró mucho, exprimió su corazón, y se quedó con las preguntas dentro del alma, como en los dedos suelen quedar esas agudas espinas que luego pudren el tejido para salir.

\* \* \*

Abreviemos: un año más tarde Lucila está con su padre en Buenos Aires.

Han alquilado un modesto piso en la calle Talcahuano porque los negocios marchan mal.

Pocos amigos van a la casa. Parientes no tiene. Entre los más asiduos concurrentes a aquélla, está el flamante asociado del padre de Lucila... ¿Y quién más? Par qué...

Este visitante es ligeramente moreno, de bigotes negros, ojos relucientes y firmes.

Bajo, regularmente grueso, alardea de gran habilidad en los negocios y tiene siempre en sus labios un chiste, una historia entretenida, una anécdota interesante.

Todo lo conoce, todo lo resuelve, nada hay para él que no pueda realizarse. Y como es de fácil palabra y de gran desenvoltura, logra que lo crean y sus hazañas van y vienen como una pelota bien manejada.

¿Sospecháis, amigas?

Un buen día el padre de Lucila también se enferma. Su socio, Daniel Mendoza, se ha captado su confianza. Lucila no entiende nada. Es una niña sin la experiencia de las muchachas de la ciudad. Sabe que su padre puede morir... Sabe que está sola... Sabe que los negocios anduvieron mal... Sabe que Daniel es simpático.

Daniel sabe más: buen catador de doncellas, presiente la miel de los labios de Lucila y calcula el peso de su bolsa, aunque menguada.

Y una noche se comprometen, y un día, casi moribundo el padre, se casan y... no querráis que os diga más, amigas mías, porque a vosotras os contaron cuando niñas que a la Caperucita Roja la perseguía el lobo, y temblabais, temblabais como la hoja de un árbol, sospechando sus dientes afilados y poderosos.

¡Ah!... ¡la pobre Caperucita!...

\* \* \*

Muchas veces, cuando un espíritu blanco ha sido lanzado de golpe a la vulgaridad de la vida, me he imaginado un jardín primorosamente cuidado por manos cariñosas, y en donde, una manada de búfalos, ha penetrado de improviso en correrías furiosas.

Noche de bodas torpe y estúpida la de Lucila.

Noche de recordar los besos amorosos de la madre, y los pájaros de sus jaulas y el agua de sus fuentes.

Noche de llorar a sollozos hondos e incontinentes... Noche de preguntarse ¿y esto es todo? Noche de estarse con los ojos desmesuradamente abiertos al lado del hombre que duerme su vulgaridad.

Ella se preguntaba si esto era amor, y no teniendo respuesta hubo de pensar que el amor era una de esas frutas rosadas y tentadoras que al hincarle el diente muestran la pulpa corroída por invisible gusano.

Una melancolía profunda se posesionó de su espíritu, melancolía que la tornaba antipática ante su marido.

Lucila no sabía más que llorar.

Así, entre un ser delicado e inexperto que ocultaba todos sus sentimientos y encantos y un hombre vulgar, sensual, grosero, materialista, despreocupado de todo problema espiritual, se alzó el hielo más perfecto que imaginarse pueda.

Días de un vacío cruel se sucedieron.

Si Lucila hubiera sabido más, si hubiera tenido capacidad para dominarse, tal vez habría procurado atraerse a su marido, hacerse amar ya que no amarlo, para reem-

plazar con la armonía de una vida sin accidentes la falta de calor espiritual.

Pero ¿cómo llegar con sus pocos años, sin lecturas y sin conocimientos de la vida a esta manera de defensa?

Ella se dejaba llevar por su corazón: no ocultaba ni sus tristezas ni sus náuseas, y de esta manera la frialdad se hizo acritud y la acritud se hizo golpe.

Daniel llegaba a su casa a la hora de comer y a la madrugada, cuando llegaba...

Palabras secas, gestos agrios, tristeza... horror...

Un día, uno de los tantos días oscuros, un largo rayo de luz la bañó en su bondad.

Lágrimas dulces y serenas cayeron de sus ojos...

El cielo le pareció más azul, la tierra más grande. Pensó en Dios, pensó en su madre, recordó el piano olvidado.

La palabra hijo le hinchó el corazón de sangre tibia y su sentimentalidad innata se encauzó hacia el futuro, pequeño ser...

Cuando se lo dijo a su marido, un temblor inefable la sacudía entera; a pesar de todo, sentía deseos de amarlo, de recibir de sus labios una palabra amable, de sus manos una caricia blanda, liviana.

Pero Daniel la heló con sus palabras... eres realmente estúpida, le lanzó a la cara,

cuando la vió, ante su indiferencia, llorar de nuevo.

Y ésta, su pequeña puerta del alma, por donde él pudo entrar como padre de su hijo, fué cerrada para siempre con un sigiloso silencio.

Pero hay diferencia entre suponer y ver: Daniel que acogió con tanta frialdad el anuncio de su hijo, no pudo sustraerse a la atracción de su presencia y con su llegada al mundo el matrimonio pareció entrar en una nueva etapa.

El trance de ella, la belleza del infante, movieron un poco de ternura en el alma seca de Daniel.

También las enfermedades crónicas sufren sus alivios y esto no fué más que una tregua en la tempestad.

Parece que en la naturaleza y en las cosas no hubiera más que un solo pensamiento que se repite sin cesar, tanto en lo material como en lo inmaterial.

Tomad un género y una plancha, por ejemplo: haced a base de calor fuertes y acentuados pliegues. Más tarde, si intentáis deshacerlos o darles nuevas direcciones, lo conseguiréis solamente mientras dure el esfuerzo de vuestras manos, pues libre, retornará a sus pliegues primitivos.

Así las impresiones del alma marcadas al fuego benigno o perverso de la vida: le-

ves modificaciones, pequeños desvíos, no duran más que el tiempo determinado por su causa accidental, para tornar de nuevo al primitivo estado.

Y al entrar el niño en su primer año de vida, todo estaba en sus corazones como antes, peor que antes, porque Lucila había ido descubriendo en Daniel defectos desconocidos: jugaba, bebía, tenía mujeres.

Billetes insolentes y pedestres vagaban en sus bolsillos con descuido tal, que parecía burla: Lucila llegó a pensar si lo haría de intento.

Pero ahora el instinto de la maternidad la llenaba de prudencia: ocultaba sus disgustos, reprimía sus lágrimas. Por el hijo estaba dispuesta a soportarlo todo.

¿Conocéis, sin embargo, amigas, lo que es un derrumbe?

Imaginad una pared derecha y fuerte: cierto terremoto la ha sacudido de tal manera, que los ladrillos han sufrido una brusca inclinación; pero, no ha caído, porque, todo, antes de caer, trata de buscar su equilibrio. Habiéndolo encontrado, no es extraño que, agrietada ya, plantas trepadoras la hayan cubierto con generosidad durante varios años, pero el viento de hoy ha desprendido dos o tres ladrillos, la lluvia de mañana ha hecho dar contra el suelo pedazos de cal. Fuertes calores, resecan-

do el material, han producido nuevas grietas... arañas hicieron allí sus casas, lagartos han horadado la base para sus cuevas... cada vez que el viento ha pasado arrancó innúmeras partículas de polvo...

Mas la pared soporta aún: su instinto de equilibrio es superior al frío y al calor, al agua y al viento, y está sobre la tierra tambaleante a ratos, pero de pie todavía, hasta que, en su hora propicia, elementos extraños la han sacudido con violencia inusitada y los ladrillos desmembrados y sin cohesión no poseen ya la elasticidad primitiva.

Es entonces cuando, la pobre y heroica pared, cae informe en un montón de ladrillos tristes y viejos.

La voluntad de Lucila estaba, en verdad, como la pared, en trance de derrumbarse. Había sufrido grandes y pequeñas sacudidas que, dando de continuo en su voluntad, amenazaban, como la gota de agua, calar la piedra.

.....

Son las dos de la mañana: Lucila al lado de la cama de su hijo vela impaciente y lacrimosa. La fiebre devora al inocente que se revuelve en su camita a ratos y otros queda aletargado como si la muerte fuera a acercársele sin remedio.

—No tardes esta noche, Daniel —ha suplicado—. El nene está enfermo.

Dan las tres...

Un silencio profundo ha caído en la ciudad.

Atuera, el viento silba a ratos...

Dan las cuatro...

El niño se queja ahora: sus ojos se revuelven y en los miembros se esbozan convulsiones.

Lucila, enloquecida, corre al teléfono pidiendo médico... después vuelve al lado del hijo, lo besa, lo acaricia, lo llama, lo aprieta, lo abriga, lo acomoda de nuevo y se queda, luego, inmóvil, con las manos del niño entre las suyas.

Pero, de pronto, corre otra vez al teléfono, va a la ventana a mirar la calle, llama a timbrazos prolongados a la sirvienta y vuelve a aletargarse junto al niño.

Dan las cinco...

Un tarareo discreto y alegre corta en este momento el silencio de la ciudad.

Al sentirlo, un estremecimiento brusco recorre a Lucila...

Daniel abre las puertas de su casa y sube las escaleras tranquilamente, a paso de hombre feliz de su día.

.....

Ahora Lucila está con su hijo tirada so-

bre la alfombra jugando... Las risas de ambos suenan en la tarde limpia como dos venturosas campanas de cristal.

Daniel ha entrado: habla, sigue hablando, vuelve a hablar...

Lucila escucha, sigue escuchando, vuelve a escuchar... Aprieta contra su pecho la rubia cabecita del nene y cuando el padre sale le dice entre pequeños sollozos, entre besos humildes, entre inefables sonrisas: nos vamos a ir de esta casa, nene, papá está pobre... nos vamos a ir y no la tendremos ya a Juanita para que juegues...

El niño se vuelve a reír con su risa de antes... toma entre sus dedos rosados y transparentes la nariz de la madre, le tira del cabello dando pequeños gritos de júbilo...

Y afuera hay el sol más bello que los hombres vieron.

.....

Ahora estamos otra vez en una madrugada: Lucila duerme y también su hijito... Una mano brutal la despierta... Daniel, ebrio, está a su lado y la mira horriblemente... Ella salta de la cama y huye de sus ojos...

Oh, caed cortinas negras, caed para que no vea... Cerraos oídos míos para que no oiga...

Sollozos de mujer en la noche miserable;  
gritos de niño en la sombra protectora...  
¡Oh, tristeza!

Pero al apuntar el sol Daniel duerme...  
de su labio inferior grueso y caído se es-  
curre el hilo nauseabundo.

Lucila hasta ahora ha sido, es un ins-  
tinto y, como muchos débiles, es fuerte por  
su instinto.

Un asco perfecto la estremece; el grito  
de ¡no más!, ¡no más!, la domina.

Busca en su ropero joyas, ropas, dinero  
escondido y con los labios apretados, los  
ojos secos, el corazón deshecho y el hijo  
en los brazos, se lanza a la calle salvadora,  
amplia, abierta a su esperanza.

\* \* \*

Os invito a entrar... pasad... ¿Veis  
aquel joven de aspecto tímido e insignifi-  
cante que está sentado en una butaca de  
cuero rojo, hablando con tan agradables  
modales con otro señor que ni a mí ni a  
vosotras nos importa?

\* \* \*

Es Julián Varela, un muchacho abogado,  
muy discreta persona.

Pero acercáos más y no os sorprendáis.  
¿Quién es aquella encantadora joven que

hace mover la máquina de escribir con tanta rapidez?

Hubo por las cercanías de San Isidro una joven rubia, de senos núbiles y mirada tersa que gustaba de hacer gemir su piano a la hora del crepúsculo, ¿os acordáis?

Es Lucila.

Podéis admirarla ahora más hecha, pero no menos bella.

Cierta coquetería que os sorprenderá da a su persona un encanto nuevo.

De su blusa blanca, primorosamente limpia, emerge el cuello delicado que se ensancha en una flor de oro de pétalos desordenados e inquietos.

Lucila se gana la vida para sí y su hijo.

Hace ya un año que está empleada como secretaria de Julián y vive en una casa de pensión.

No seais maliciosas.

Es verdad que él la quiere mucho. Si fuera libre la habría solicitado en matrimonio.

Lucila parece no darse cuenta del interés que ha despertado.

A veces los ojos de él demóranse más de lo prudente en sus manos, pero Lucila cree ¿lo dudáis? que los ojos de Julián son sumamente perezosos.

Ahora volved otro día: Julián se acerca

a ella con un diario en la mano: silenciosamente le señala una noticia.

Ella lee: Daniel Mendoza ha sido condenado a diez años de prisión por estafa.

Lee una vez más, lee otra, intenta hablar, pero su cerebro da vueltas, todo se oscurece y da con su cabeza contra la máquina.

\* \* \*

Hay gentes que creen que todo en la vida debe pesarse, razonarse y explicarse.

Sin embargo, en las grandes ciudades donde la vida es agitada y difícil, innumerables personas no se detienen a razonar su vida ni discutirla.

La aceptan de buena ley sin esforzarse demasiado en problemas de orden social, moral o religioso.

Lucila se hallaba sola, alejada completamente de amigos, y había sufrido mucho en los tres años de lucha soportada desde que huyó de su casa. Su marido que —para su felicidad no la había buscado— estaba ahora en la cárcel y Julián le ofrecía rehacer su vida.

Ella conocía bien a Julián: la experiencia de su matrimonio le había hecho tomar desconfianza ilimitada hacia todo hombre, y en cuanto la vida la ponía en contacto con un ser masculino, trataba de ahondar en su espíritu.

Pero en verdad no le tenía amor... se sentía amiga de Julián, lo admiraba por su bondad, le encantaban sus gentilezas, hubiera sido de buena gana una hermana de él, nada más.

Pensando en su hijo, más que en ella, deseosa de permanecer todo el día a su lado para cuidar de su educación, en vez de tenerlo, como lo tenía, en manos ajenas y viéndolo una o dos veces por semana, se resolvió aceptar la protección de Julián.

Un alegre chalet en Flores fué elegido para nido de esta unión y, como hubiera llevado de la mano a su blanca desposada, Julián con una de esas escasas delicadezas que las mujeres no olvidan nunca la consagró su compañera del alma.

Pensad en un pájaro bello de alas capaces y sedosas, que durante largos años estuvo en una jaula estrecha y sucia; imaginaos su plumaje empobrecido y triste y la angustia de sus ojos inquietos, al contemplar, desde su prisión, tan azul el cielo y tan verdes los árboles; pero abridle la puerta en primavera, dadle una selva florida y olorosa con pequeñas corrientes cristalinas y veréis al pájaro echarse a volar y ensanchar sus alas.

Julián dió a Lucila una tranquilidad tan

dulce y simpática que mucho parecido tuvo con la felicidad.

Era, aquel, uno de esos espíritus bien nacidos, sentimentales y finos, sin luces extraordinarias, pero conocedores del buen camino en la vida.

Satisfecho de la natural inteligencia de Lucila, la incitó a continuar estudiando música y le acercó libros elegidos.

Horizontes nuevos despertaron en esta alma sensible y sin tendencias definidas.

Preguntas acumuladas hallaron ahora discretas respuestas... su espíritu se desahogaba.

Entre las atenciones de su hijo, su casa primorosamente alhajada por sus manos, un poco de lectura y música, las horas en que Julián no estaba en casa se deslizaban rápidamente.

Cuando él volvía, el tiempo pasaba sin sentir.

Julián la interrogaba sobre sus impresiones del día, sus lecturas, sus pensamientos... ella charlaba con cierta timidez y entonces él ampliaba sus ideas, las redondeaba, las completaba.

—Sí; yo he pensado eso —explicaba ella— pero no lo sabía decir.

Una preciosa noche, después de haber andado un rato por el jardín, subieron a las habitaciones.

—Toca algo —insinuó él.

Ella se sentó al piano y dejó deslizar un motivo de Grieg; la música imprecisa como una espuma salía de sus dedos inmaculados e iba a morir al jardín blanco de luna.

Susurros infinitos venían de los árboles; una presencia divina hacía temblar los dedos de Lucila que siguieron oprimiendo las teclas como en un sueño... momentos después el piano se quejaba dolorosamente: “delicia inefable de morir” decía la música nueva... Lucila improvisaba.

Julián se acercó: Escribe esa música, le dijo, es sutilísima.

—Bah, exclamó ella, divagaba...

Pero él insistió, y momentos más tarde, signos negros quedaban hechos en las tapas de un cuadernillo musical.

\* \* \*

Los 28 años sorprendieron a Lucila en este bello oasis de paz.

Recordando los sufrimientos pasados, al lado de Daniel podía decir: ahora, me sobra: cielo, esperanza, alegría, techo, mesa...

Su chico era bueno y dulce; Julián lo quería como un hijo y se esforzaba para que, su incipiente espíritu de ocho años se

expandiese también hasta donde lo permitiera su elasticidad.

El niño, sentimental como la madre, parecía no haber heredado nada de Daniel: era sensible, más bien reconcentrado, y como ella, mostraba inclinación por la música.

Lucila aprovechaba esta tendencia con habilidad y el niño progresaba bajo tan cariñosa dirección.

¿Pero qué había allí, muy al fondo del alma de Lucila, en el oscuro pozo espiritual donde ella no hubiera querido penetrar con sus pensamientos?

¿Lo sabía acaso? ¿Se lo había ella preguntado alguna vez o puesto a prueba?

En verdad que Lucila había vivido hasta ahora de casualidad. ¿Pero, estaba ella en su verdad?

Se había preguntado alguna vez si esta era la suerte que hubiera deseado si un ser sobrenatural le hubiese dicho: he aquí la arcilla de tu porvenir; dale forma a tu destino.

Quizá Lucila no había llegado aún a razonar nada porque después de los terribles sufrimientos al lado de Daniel, gloria era su vida presente.

Cierta vez, sin embargo, leyendo una novelita de Francis Jammes, "Historia de una muchacha apasionada", se había quedado

inquieta, preoupada.

Aquella noble y aristocrática muchacha, fuerte y sana, que se echa en brazos de un partorcillo de la montaña “sin reservas y sin remordimiento”, le había hecho el efecto de una brasa.

Momentos hubo en que arrojó el libro y otros en que se abrevó en sus páginas con una avidez desconocida.

—Yo quisiera sentir así —pensó.

Pero una ligera indisposición de su hijo ocurrida el mismo día sofocó sus nacientes divagaciones y el libro quedó olvidado en la biblioteca, mientras todos sus pensamientos se reconcentraban en su criatura, que era, en realidad, luz de sus pupilas.

\* \* \*

Estamos en una noche de diciembre... Buenos Aires, siempre tan árido, se alegra en sus tipas en flor que echan sobre las anchas avenidas una menuda alfombra de oro.

El cielo vuelca su copa azul en una luz diáfana, transparente, temeroso de Dios.

Prepárate para que salgamos, le ha dicho Julián, y Lucila con un singular vigor en las venas ha ido a vestirse.

No sabe lo que pasa ese día; le parece que todo está electrizado.

Deseos de reír y llorar la asaltan a un tiempo... hace momentos sus dedos en el



HUELLAS FEMINISTAS

[www.huellasfeministas.com.ar](http://www.huellasfeministas.com.ar)

jardín arrancaban rosas y las rompían y sus manos se alzaban hacia el cielo; oh placer: palpar una estrella, estrujarla entre los dedos...

Ni un recuerdo, ni una esperanza hay en ella... Un divino vacío que llenaría con el alma de la noche, si le cupiera en suerte aprisionarla como una mariposa.

Ya en el carruaje, las manos de Julián toman las suyas fraternalmente — ¿qué tienes? — le pregunta — ¿estás nerviosa?

—No —responde ella.

Y su mirada vaga, y sus pensamientos vagan, y su corazón vaga...

Cuando llegan a Palermo pasean un momento por el rosedal, charlan amablemente, ríen a ratos.

—Estás distraída —insiste él.

—¿Te parece? —contesta ella.

De pronto alguien detiene a la pareja —¡Julián!— exclama.

—¡Ernesto!

Ernesto, que acaba de llegar de Montevideo, es un amigo muy querido de Julián.

Alto, fino, nervioso, tiene la más bella y varonil cabeza que imaginarse pueda.

Su piel mate, palidísima, le presta una melancolía sutil; el cabello sedoso, a grandes ondas echadas con descuido hacia atrás, vigoriza su melancolía que se des-

hace en los ojos intensos y pasionales y ríe en su boca blanda y alegre.

Oh! Ernesto es la simpatía misma.

Piensan algunos que la simpatía es un signo de mediocridad, pero esta cálida atracción que emana de Ernesto, deshace toda frialdad filosófica.

Se diría que el mundo está hecho para que Ernesto lo tome con la punta de los dedos, que así, a través de él, parecen fáciles y realizables las cosas.

¿Y no hay, amigas mías, un placer especial en acercarse a las personas en quienes todo da idea de facilidad?

¿No parece que al lado de ellas, nuestro esfuerzo para soportar la vida descansara?

Aquella noche dos ojos negros obseden a Lucila.

Una fina sonrisa, sobre una boca movable, vaga en sus sueños. Lucila se analiza. Soy una loca, exclama.

Y pensando así se acurruca sobre el pecho de Julián y en su interior le dice: oh amigo mío, mi buen amigo, libértame de los ojos y de la boca de aquél...

La novelita de Francis Jammes vuelve de golpe a su imaginación y entonces toma a su hijo en brazos y lo besa: pequeño mío, piensa, tu mamita es una mala mujer, pequeño mío!

Y lo besa en la frente como para des-

hacer con esta caricia pura la mala obsesión.

\* \* \*

Días más tarde Ernesto ha sido invitado a cenar con ellos.

Cuando Lucila lo sabe se disgusta de veras, que a fuerza de echarse en cara su inquietud ha acabado por dominarla, pero ya están hechas las cosas.

Piensa por momentos en hablarle de ello a Julián, pero como los hombres han enredado de tal manera la vida que ya no saben dónde está el bien y el mal, se cree culpable de haber dado cabida en su pecho a una impresión que, en verdad de hechos, ella no ha ni procurado ni admitido.

Y esa noche ¿Ernesto se ha empeñado en deslumbrar?

Lucila sufre... La risa de él se le entra por los poros y la ofende.

A menudo sale de la sala donde conversan con pretexto de ir a ver al niño que duerme.

Julián la invita a tocar el piano, pero al hacerlo, tropieza a cada rato... está realmente molesta.

Ernesto lo ocupa entonces y toca cosas amables, ligeras.

Su elegancia natural crece en esta acti-

tud. A momentos su cabeza se levanta ligeramente y sus ojos se entrecierran con íntima ternura.

Lucila va pasando insensiblemente de la nerviosidad a la tristeza... deseos de llorar la asaltan ahora y cuando Ernesto deja el piano ella lo retoma con soltura inesperada: tristeza indefinible trasuntan las notas... A ratos Daniel pasa por ellas con su odioso cortejo de miserias y el piano se vuelve hosco como el viento, otros el hijo dulce le acaricia los dedos y caen lágrimas finas, imperceptibles como menudas pompas de jabón que se quiebran al sol... saltan aquí y allá agudos sonidos; esperanzas momentáneas que desaparecen en la primitiva melancolía... de pronto la boca de Ernesto pasa como un relámpago en ligeros arpegios...

Cuando termina, una leve palidez la sutiliza... sus ojos están llenos de fuego, las alas de su nariz tiemblan ligeramente.

Ernesto recibe una sensación de belleza completa.

Es encantadora —piensa.

Y al despedirse esa noche la lleva en los ojos, peligrosa puerta por donde es muy fácil hallar los caminos que descenden al corazón.

\* \* \*

¿Se imaginó alguna vez Lucila que en la



fragilidad de su persona podría prender un día la chispa enloquecedora?

Lucila no había mirado jamás los ojos de un hombre con sesgada intención.

Su naturaleza, moderada siempre no había experimentado sacudidas de tal fuerza que la hicieran capaz de un arranque pasional.

Al acercarse a Ernesto, esta capacidad de su ser afectivo había salido de improviso a la superficie, dejándola sorprendida, anonadada.

Tenía la sensación de no caber en sí misma, de expandirse más allá de su ser y de hallarse en contacto con todas las cosas.

A momentos le parecía sentirse tan liviana, tan incorpórea como el viento...

De noche, le daban miedo los mundos luminosos del cielo; una garra celeste descendía sobre ella y la aplastaba, pequeña, indefensa, sobre la tierra donde se movía.

Entonces copiosas lágrimas regaban su exaltación, lágrimas que crecían a medida que trataba a Ernesto.

Antes de llegar a este estado sentimental intentó defenderse de muchas maneras, pero todo había sido inútil.

Ni sus reflexiones severas, ni Julián, ni la inocencia de su hijo, ni su pasión musical, lograban quitarle de los ojos el ros-

tro de Ernesto, ni de los oídos su voz, ni de sus manos el recuerdo de las suyas, ni de su ser todo el otro ser.

Una obsesión constante la perseguía: hubiera deseado huir de sí misma, deshacerse, aniquilarse, para no soportar semejante tortura.

Y su pensamiento era claro. Se habría tirado a los pies de la Muerte como un perro antes de traicionar al hombre que la había colmado de tan altas delicadezas.

A veces, volvía a entrar en deseos de confiarle su pena; parecíale que desmenuzando su sentimiento, analizándolo, comentándolo, iba a deshacerse como la luz al pasar por un cristal tallado.

Pero cuando iba a hacerlo, la tranquilidad de Julián, su confianza ilimitada, su altura moral, contenían sus palabras y el corazón se le ahogaba, lleno de pasión, de dolor, de desventura.

La seguridad intuitiva de que Ernesto la amaba, servíale para aumentar su desazón.

Hacía ya tres meses que se veían una o dos veces por semana, bajo la serena mirada de Julián, y sólo los ojos y las manos habían traducido furtivamente la dulce nueva.

En el corazón de Ernesto se libraba también una lucha que no tenía ni la inten-

sidad ni la gravedad de la de Lucila.

Un escrúpulo de amigo, tan fuerte quizá como su deseo, turbaba con frecuencia sus pensamientos y se prometía —cada vez que salía de casa de Lucila— no volver más, embarcarse para Montevideo, donde lo esperaban los suyos y el sosiego.

¿Qué aguardaba allí? ¿Un idilio romántico? ¿Una aventura vulgar? ¿Una tragedia?

¿Amaba tanto a Lucila? ¿Qué dolor en común tenían los dos? ¿Qué esfuerzo habían realizado juntos? ¿Qué ideal perseguían?

Lucila le gustaba profundamente, es verdad.

La gentileza, su espiritualidad, el encanto de su voz, sus manos alargadas y exangües lo cautivaban de una manera no común.

Tentado se había sentido, más de una vez, de hablarle, de escribirle, de decirle todo eso.

La hubiera querido suya.

¿Pero, es que no quería lo mismo de todas las mujeres bellas y espirituales con quienes se ponía en contacto?

Y pensando así todos los días se disponía a partir y todos los días un pretexto lo retenía en Buenos Aires.

Así las cosas cuando el destino les preparó una trampa mortal.

Esa noche, mientras esperaban a Ernesto a comer, un mandadero trajo a Julián un mensaje reclamando su presencia urgente en casa de la madre.

—Atiende a Ernesto —le dijo a Lucila— y excúsame.

Cuando aquél llegó la encontró sola.

La comida no fué tal; la nerviosidad de ambos era tan extrema, que apenas probaron bocado.

Cuando la sirvienta entraba a servirlos, como si se hubieran puesto de acuerdo, alegraban el tono de la voz dándole una ligereza fingida.

Este esfuerzo de ambos por disimular ante un tercero, contribuía a confundirlos más, pues, de una manera indirecta se decían, lo que, por lo visto, estaban resueltos a no confesarse.

Terminada la cena entró la mucama solicitando consentimiento para acostar a su hijo.

La idea de que el niño iba a dormirse, dió a Lucila una extraña sensación de soledad y fué asaltada de inquietud.

Salió la mucama.

Como si Ernesto hubiera leído lo que pasaba en el alma de Lucila y quisiera evitar sus consecuencias, se levantó para irse.

¿Qué pasó entonces por Lucila? ¿Fue ella responsable de lo que dijo? ¿Razonó sus palabras o bajaron a su boca tan rápidamente que no tuvo tiempo de detenerlas?

—Estoy tan sola —exclamó—. Quédese un rato más.

Y como si sus palabras no necesitaran respuesta, señalóle la salita contigua al comedor, donde acostumbraban diariamente a tomar café.

Aquella pequeña sala, coquetona y tenuemente alumbrada daba al jardín. Hasta el balcón abierto, enredaderas cuajadas de rosas veraniegas, trepaban con bello descuido.

El sentimiento de ambos, que en el espacioso comedor, a puertas abiertas y profusamente alumbrado, se había mantenido sereno y prudente, se exaltó de tal manera al entrar allí, que Lucila se arrepintió de sus palabras.

Sentados a prudente distancia, temerosos de hallarse los ojos evitando la menor palabra que pudiera iniciar una confidencia, esbozaron distintos temas de conversación, agotándolos en dos o tres frases y así transcurrió un largo rato durante el cual, la angustia de ambos fué creciendo hasta amenazar el desborde.

La luna resplandeciente y llena entraba

sus rayos por el balcón, bañando con su luz finísima la cabeza de Ernesto, cuyos cabellos se azulaban misteriosamente, y las manos de Lucila más transparentes y temblorosas que nunca.

Un no sé qué indefinible y vago iba del uno al otro como impalpable hilo de oro.

En un momento de prolongado silencio, cuando el corazón de ambos parecía romperse, diez campanadas melancólicas cortaron el aire.

Lucila se estremeció.

—Es triste el sonido de las campanas —dijo—, recuerda la muerte.

La palabra muerte cayó en el alma de Ernesto como una puñalada.

Repentinamente tuvo la sensación de lo efímero de la vida; en un instante pensó que todo termina, que todo desaparece, que la vida no es más que un grano de polvo miserable; se sintió pusilánime, cobarde; pensó que lo mejor de la existencia, el amor, estaba encadenado, atado, apisionado por redes falsas y mezquinas, pensó que en el largo camino a recorrer, lágrimas amargas le llenarían los ojos, espinas agudas le ofenderían las manos y se vió embocado en un largo sendero de bordes convergentes, en cuyo punto final, mortalmente negro, iba a deshacerse para siempre; y como si hubiera querido huír



de lo inevitable, dominar lo imposible, espantar, en suma, la muerte, con un movimiento brusco se acercó a Lucila.

Un frío mortal entró por los cabellos de ésta y fué a morir a sus plantas.

Le pareció que su silla giraba sobre sí misma, que el cuarto cambiaba de sitio, que el jardín desaparecía y que la tierra misma iba a ser lanzada a un abismo.

Intentó levantarse, huir de allí, desaparecer, pero fuerzas inconmensurables gravitaron sobre su cuerpo.

Fué entonces cuando Ernesto la besó desesperado.

\* \* \*

Después de aquella conjunción una fiebre violenta los poseyó sin medida.

Aquellas naturalezas, al encontrarse, se reconocieron de tan profunda manera, que se asustaron de sí mismas.

La vida, separados, les pareció una cosa absurda, imposible.

Noches de largos insomnios, días interminables se sucedieron.

Lucila, a veces, en horas nocturnas, sentada de improviso sobre su cama, tenía conciencia de que en esta misma actitud Ernesto pensaba en ella... entonces la perseguían como alucinaciones... sí, iban a volar los techos... iban a caer las pa-

redes... de un extremo al otro de la ciudad quedaría hecha una sola ruta, la que iba de él a ella, y en este camino único, abierto en la urbe gigantesca, dentro de un segundo, iban a chocar uno contra otro, como dos astros... después caía sobre la almohada, deshecha en llanto, sombría... se enfermaba.

Lucila, sin embargo, luchaba aún; su fortaleza fundamental no la había abandonado.

Ernesto, enamorado febrilmente y hallándolo todo imposible y difícil, había entrado también en un período de exaltación no frecuente en sus pasiones.

Cuando el estado sentimental de ambos era ya insostenible, Ernesto tuvo un momento de valor: me voy esta noche —se dijo.

Y le hizo llegar unas líneas: le pedía verla por última vez, despedirse de ella a solas, dos palabras... la esperaría en la plaza cercana, a las ocho... se embarcaba a las diez...

Lucila se prometió no ir, no verlo; su carta le pareció una imprudencia indigna de Ernesto y pensó resueltamente en echar cenizas sobre esto, para siempre, para nunca...

Pero a medida que la manecilla del reloj iba acercándose a las ocho, su corazón



aceleraba los latidos, sus miembros eran sacudidos de pequeños temblores, algo desconocido se movía en ella y hacía mover sus pensamientos y sus piernas... resistía, luchaba, pero tenía la sensación de ser atraída hacia la plaza como un miserable alfiler por un poderoso imán.

Y a las ocho menos cuarto, mientras preparaban la mesa para cenar, se escurrió al jardín; no pensó en el disparate que hacía, no pensó que podían verla... su ser no era más que una cosa que habían abandonado su personalidad, su voluntad, como quien se despoja de un traje.

Cuando llegó a la plaza empezaron a caer gotas de agua... llovía.

El la esperaba impaciente.

En ese momento pasaba un automóvil...

Lo llamó y se refugiaron en él.

\* \* \*

¡Oh, amigas, perdonadla!

Porque a las diez de la noche un barco los llevaba a Montevideo, barco que —medio muerta en los brazos de él— ella había soñado cargado de rosas, lleno de lirios, rodeado de arpas misteriosas.

Oh, amigas mías, perdonadla, que en el movimiento inmenso de las cosas, todo es atracción, simpatía, amor, cambio, empuje, desvarío...

Oh, perdonadla, porque cuando sepáis más, comprenderéis que el error ha salvado más hombres de los que ha perdido.

Oh, sí, perdonadla, que la pobre golondrina viajera, cegada de juventud, lleva en sus alas inquietas y oscuras, toda la tristeza de la noche.

Lucila creía tener en aquel instante, entre las manos, como una cosa pequeña y suya, la razón del tiempo y del espacio, la intención, el pensamiento de la naturaleza y de las cosas.

Le pareció que había nacido para ese momento, que su vida había sido hecha nada más que para experimentarlo, a pesar de todo, sobre todo, contra todo.

Y el Tiempo, portador de todas las respuestas y señor de todas las fiebres, la dejaba pensar, soñar, reír, creer, con la irónica complacencia de los viejos expertos.

\* \* \*

Estamos en otra primavera.

En un jardín de Flores, el jardín, abandonado, se cubre de alimañas...

Enredaderas empobrecidas por la falta de riego, intentan abrazar la casa silenciosa.

Las cerradas ventanas, donde arañas dejan sus telas, recuerdan los sepulcros sin visitantes.

Los pájaros, que no saben nada de la tristeza de los hombres, cantan, sin embargo, alegremente, entre la copa de los árboles.

Son las siete de la tarde... el sol empieza a hundirse en la lejanía y alarga un beso perezoso sobre las casas...

Un niño de cabeza rubia, y ojos soñadores, cuidadosamente vestido de negro, ensaya sobre el piano, las notas manuscritas en las tapas de un viejo cuadernillo musical.

En los dedos inexpertos de aquél, esa música melancólica se llena de ingenuidad.

¡Oh! la música recuerda una dulce figura de mujer, unos ojos mansos, unas manos finas, una cabeza encantadora.

Eso dicen los ojos del hombre que cerca del piano tiene la misma tristeza de las ventanas cerradas y los sepulcros solitarios.

En sus manos una carta, vieja a fuerza de ser leída, lo es de nuevo...

Y la carta dice:

"Julián: No me hubiera atrevido a escribirte jamás si no fuera porque, cuando recibas ésta, no podrás odiarme ya, porque no debe odiarse a los muertos.

"No quieras saber nada de mi locura que me va a costar la vida.

"No la puedo soportar ya...

"Día a día el deseo de ver a mi hijo,

"de besarlo, de llorar sobre su cabeza, me  
"persigue de horrible manera.

"De tarde, de noche, de mañana, la vo-  
"cecita de mi pobre nene está en mis oí-  
"dos, me llama, llora, está enfermo, se ha  
"muerto...

"¿Qué hice contigo, Dios mío?

"¿Qué hice con la criatura de mi co-  
"razón?

"Oh, perdón, Julián, perdón para esta  
"pobre mujer...

"He luchado horriblemente antes de ha-  
"cer lo que hice; yo hubiera querido en-  
"tonces arrojarme a tus pies, confesarte  
"mi extravío para que me defendieras, pa-  
"ra que me protegieras de mí y de los  
"demás.

"Pero no me atreví. ¡Oh, desdichada!

"Soy irresponsable de lo que he hecho...  
"no puedo explicarte, porque todo lo que  
"te dijera no lo podrías creer, porque yo  
"no lo creo, pero es, oh, sí, es!

"¡Si hubiera podido no hacerlo!

"Ahora es tarde ya...

"¡Julián, Julián! Cuida a mi hijo... Sé  
"como un padre para él... ocúltale esto...  
"dile que su mamita, su pobre mamita...

"Oh, se me parte el corazón...

"Voy a hacerme digna de ti y de él.

"Voy a darles lo único que tengo, la  
"vida.



" Oh si ustedes estuvieran aquí todavía  
" estaría a tiempo...

" Pero sopla un viento horrible, hace  
" frío, las puertas y las ventanas crujen y  
" el mar está enloquecido...

" Perdona Julián, perdona a todos...

" Que me vaya con esta esperanza...

" Adiós Julián... te agradezco todo lo  
" que has hecho por mí.

" Perdón de nuevo.

" Mi hijo, mi hijo, por lo que más quie-  
" ras, cuida a mi hijo...

" Adiós.

Lucila".

El piano sigue sonando melancólicamente.

Julián atrae sobre su pecho la cabeza del niño y lo besa con ternura infinita.

—¿Qué tienes, papá? —le pregunta aquél.

—Recuerdo a mamita, a tu buena mamita.

Los dos bajan la cabeza silenciosamente.

De pronto un golpe de viento abre el balcón y deja ver el cielo azul, nítido...

Una golondrina negra corta el espacio.

.....  
.....

Amiguitas: ésta es la historia.

¿No lo creéis?

Sin embargo, todos los años, cuando llega la primavera, misteriosas migraciones de

golondrinas hieren vuestra sensibilidad.

Las véis alejarse de vuestros techos y ventanas al atardecer, formando un triángulo tan misterioso como la razón de su vuelo.

¿Qué de extraño, amigas, que una noche de tormenta en el mar, la furia de los elementos las arroje moribundas sobre los buques que lo cruzan, o las eche a dormir para siempre en su seno magnífico?

¿Qué sabéis vosotras, qué sé yo, qué sabemos todos de las golondrinas, de la noche y del mar?

Cuando veáis, sin embargo, que el negro pajarillo se echa a volar, llorad conmigo, amigas...

Acaso mañana una de vosotras... yo...

## INDICE

	PÁG.
A una rosa .....	7
Cartas .....	9
Una golondrina .....	37

Este libro se terminó de imprimir  
el 9 de diciembre de 1959 en los  
Talleres Gráficos ARTEC S. R. L.  
Corrientes 2042 - Buenos Aire



HUELLAS FEMINISTAS

[www.huellasfeministas.com.ar](http://www.huellasfeministas.com.ar)

**CUADERNOS  
DEL INSTITUTO  
AMIGOS  
DEL LIBRO ARGENTINO**

Números publicados:

1. José Sebastián Tallon:  
El tango en su etapa de  
música prohibida.
2. Bernardo Verbitsky:  
Vacaciones.
3. Alfonsina Storni:  
Cinco cartas y una  
golondrina.

En los próximos números  
obras de

**Enrique Amorín**

**Alvaro Yunque**

**Aristóbulo Echegaray**



Condiciones de suscripción:

5 números .... \$ —  
11 " .... " —

Correspondencia y giros  
a únicos distribuidores:

**Cooperativa Impresora**

**y**

**Distribuidora Argentina  
Limitada**

**Casilla Correo 16 - Sucursal 2  
Buenos Aires - Rep. Argentina**



HUELLAS FEMINISTAS

[www.huellasfeministas.com.ar](http://www.huellasfeministas.com.ar)